

La cultura de la violencia

Dr. ISRAEL DRAPKIN

Profesor Emérito de Criminología
Facultad de Derecho
Universidad Hebreo de Jerusalén
Israel

I.1.— Incluso una rápida y superficial observación del estado en que se encuentra la sociedad humana contemporánea, nos llevará a la evidente conclusión que, por doquier, estamos enfrentados a una marea ascendente de violencia y de victimización. Esta etapa tal vez se recuerde —en la futura historia de la humanidad— como la “*Era de la Violencia*”. Paso a paso, lentamente pero seguros, en forma casi imperceptible, hemos cruzado todas las barreras y hemos descendido a un nuevo reino del terror.

I.2.— Como habitualmente vivimos absorbidos por el presente, con sus urgentes e intransferibles problemas, nuestra perspectiva histórica es estrecha y limitada. Tendemos a olvidar el pasado y a creer que jamás hemos vivido en tan sobrecargada atmósfera de violencia. Sin embargo, ella no constituye un rasgo exclusivo de nuestra actual convivencia social. La violencia siempre acompañó al hombre, sea en sus relaciones interpersonales como en las intra e internacionales. La criminalidad, las revoluciones, las persecuciones políticas, las guerras, son apenas algunos ejemplos para probar que la violencia —con su secuela natural de víctimas— ha sido y es uno de los denominadores comunes de nuestro

diario acontecer. Después de todo, la milenaria expresión latina “*Homo homini lupus*”, el hombre es el lobo del hombre, infligiendo increíbles sufrimientos a sus congéneres (especialmente cuando la presunta víctima es débil, incapaz de una auto-defensa efectiva o de retribuir en la misma forma), no se ha acuñado en el vacío...

I.3.— La evocación de unos pocos hechos históricos será suficiente para demostrar que la violencia es una característica humana permanente. Sin necesidad de recurrir al bíblico fratricidio de Abel por Caín —más rico en simbolismo mitológico que en documentación histórica—, bástenos mencionar las interminables guerras entre las ciudades-estados y los primeros imperios de la antigüedad, con la matanza sistemática de todos los prisioneros. En las inscripciones de la Estela de Karnak, en las que Tutmes III¹, siglo XIV a. de C., relata sus hazañas al Dios Amón, hay repetidas referencias al “aplastamiento” de todos los pueblos contra los cuales guerreó. Por otra parte, si la delincuencia juvenil es uno de los problemas más graves de la hora actual, puede servirnos de frívolo consuelo el saber que hace aproximadamente 4.000 años la situación no era muy diferente. En unas tabletas del tiempo de los Sumerios² se describe la díscola juventud de aquella época como desobediente e ingrata; refunfuñona y quejosa; vagabundeando y holgazaneando por calles y plazas, en vez de asistir a la escuela o aprender un oficio; indóciles, agresivos y demostrando frecuentemente inhumana conducta hacia terceros, constituyendo una verdadera tortura para sus padres. El profeta Ezequiel, siglo VI a. de C., describiendo la situación imperante en el Reino de Judea y en su capital, antes de la destrucción de Jerusalén y su Templo por Nabucodonosor, Rey de Babilonia, dice: “El país está lleno de crímenes de sangre y la ciudad transpira violencia” (7:23)³. Por su parte Platón, si-

¹Lionel Casson: “Ancient Egypt”, Time-Life International, Nederland, 1966, 192 págs.

²Samuel Noah Kramer: “A Father and his Perverse Son: The First Example of Juvenile Delinquency in the recorded History of Man”, National Probation and Parole Association Journal, Vol. 3, Nº 2, abril 1957, págs. 169-173.

³Ver “Ezequiel”, en la “Encyclopaedia Judaica”, Vol. 6, columnas 1078-1098, Keter Publishing House Ltd., Jerusalén, Israel, 1971, 16 volúmenes.

glo IV a. de C., en su “República”⁴, cita la carta que un escriba envía a su hijo, en la que se pregunta: “¿Qué sucede con nuestra juventud? Son irrespetuosos con sus mayores; desobedientes con sus padres; ignorantes de las leyes y de una moral decadente; se rebelan y actúan en forma salvaje en la vía pública... ¿Adónde llegaremos por este camino...?”. Posteriormente tenemos la destrucción del Imperio Romano y la invasión de Europa por las primitivas hordas bárbaras; la invasión de Gengis Kan, el conquistador tártaro que funda el primer Imperio Mongol en el siglo XIII, después de aterrorizar Eurasia en forma tal que se decía que, ¡por donde pasó su planta, nunca más creció el pasto...! Agreguemos las Cruzadas y la “Santa” Inquisición, que duraron más de siete siglos, causando un sin fin de increíbles atrocidades, consecuencia directa de un furibundo odio religioso; las revoluciones y las guerras de los últimos dos siglos, con sus millones de cadáveres humanos. Y durante nuestro “refinado” siglo XX, baste recordar la sádica y demoníaca “elegancia” con que fue organizada por la Alemania nazi la tortura cruel y la degradación sistemática antes de la destrucción final de millones de víctimas inocentes, en el más horrible holocausto que registra la historia del hombre. No olvidemos tampoco los “experimentos” atómicos de Hiroshima y Nagasaki, que pusieron a la Segunda Guerra Mundial...

I.4.— Si en la actualidad tenemos la impresión que la situación es más grave que nunca, es muy posible que ella se deba a la moderna tecnología que nos ha proporcionado, por una parte, nuevos medios de destrucción, desconocidos por generaciones anteriores (como la bomba atómica para destrucciones masivas y la “bazooka”, la bomba plástica, la ametralladora portátil y tantos otros métodos más “individuales” para satisfacer propósitos homicidas) y, por la otra, los sistemas ultra-modernos de comunicación masiva (televisión, radio, prensa, etc.), que permiten el inmediato conocimiento de los actos de violencia y devastación en cualquier lugar del planeta en que ocurran.

⁴Plato: “The Republic”, traducción e introducción por Desmond Lee, 2^a edición revisada, Penguin Books, Londres, 1974, 467 págs.

I.5.— Además, durante la última década, lo que se da en llamar “terrorismo político” —que con frecuencia no es más que una sucesión de actos ilícitos, con fines de lucro personal o de grupo— desempeña un rol importante en el noticiero diario. El uso y el abuso de las armas de fuego y de las bombas; el secuestro de aviones y de personas; la exigencia de exorbitantes sumas de dinero como rescate; y otra serie larga de manifestaciones de brutal violencia y sádica残酷, se han transformado en hechos habituales del diario vivir, en uno de los “deportes” más populares por doquier. El terrorismo crea su propia dinámica y la indiscriminada masacre de gente inofensiva pierde su terrible significado, para transformarse en una simple y rutinaria operación estadística. Sin embargo, es de elemental importancia no olvidar que la muerte intencional de un ser humano no puede ser manoseada como argumento en un debate doctrinal o político, porque es y ha sido siempre considerada como homicidio.

I.6.— De la miríada de “sucesos” que ocurren ininterrumpidamente, el editor determina cuáles serán proyectados, transmitidos o impresos, transformándolos en “noticia” gracias a este proceso selectivo. Lo que vemos en el televisor, escuchamos en la radio o leemos en la prensa, son habitualmente “malas” noticias, en el sentido que reflejan destrucción, violencia y sufrimiento humano en sus múltiples aspectos. En términos generales, estas noticias pertenecen a alguno de estos tres rubros: las *catástrofes naturales*, como terremotos y maremotos, tifones y huracanes, sequías e inundaciones, endemias y epidemias; los *desastres tecnológicos*, donde caben los accidentes de tránsito de todo tipo: aviones, barcos, trenes, autobuses, automóviles, etc.; y las *tragedias causadas por el hombre*: guerras y revoluciones, huelgas y motines, crímenes y delitos, pobreza y pauperismo. Alguien ya dijo que la historia no es más que el registro de las locuras, miserias y desgracias de la humanidad. La ración cotidiana de noticias es, en el hecho, la historia del día y estamos tan inconscientemente adaptados a ella que millones de televidentes, radioescuchas y lectores de periódicos en el mundo entero son capaces de comer y de beber frente a sus respectivos artefactos, imponiéndose de la matanza y del sufrimiento de sus congéneres, sin ninguna reacción de espanto o de ansiedad, y sin que su proceso digestivo se altere en lo más mínimo . . .

I.7.— La violencia es como el amor: todos sabemos de qué se trata, pero nadie ha sido capaz todavía de acuñar una definición universalmente aceptada y menos aún de dar con un método efectivo para eliminarla o siquiera disminuirla. Además, la violencia engendra violencia, pudiendo “contagiar” incluso a individuos tranquilos y moderados. Debido a su extrema generalización y recurriendo a cierta dosis de cinismo, pudiéramos concluir que la violencia se ha transformado en una faceta integrante de la “felicidad” del hombre contemporáneo, la que aceptamos sin mayores averiguaciones . . .

II.8.— Establecidas la universalidad y la inusitada frecuencia y gravedad de la violencia que nos rodea, valdría la pena hacer algunos comentarios respecto al nombre con que se designa este fenómeno. Recordemos que las palabras tienen su propio significado y que no es indiferente, desde el punto de vista semántico, utilizar un determinado vocablo en lugar del que corresponda en propiedad. Más grave aún es darle a una expresión un sentido que no tiene o que no le corresponde. Estas liberalidades lexicográficas pueden darse en la poesía, pero jamás en un ensayo o en un trabajo de investigación.

II.9.— Los sociólogos han tratado de popularizar la expresión de “sub-cultura” para referirse a los grupos sociales que no respetan las normas y los valores que, en términos generales, predominan en la sociedad de la que forman parte. Gordon la define en los siguientes términos: “Es una sub-división de una cultura nacional, compuesta de una combinación de factores tales como clase social, origen étnico, residencia urbana o rural en áreas determinadas, afiliación religiosa, etc., combinación que constituye una unidad funcional y ejerce un impacto integral sobre el individuo que en ella participa”⁵. Por su parte, Albert K. Cohen, uno de los sociólogos que primero utilizaron esa expresión, de-

⁵Traducción libre del autor de la definición de M. M. Gordon en su trabajo “The Concept of the Sub-Culture and its Application”, published in “Social Forces”, Vol. 26, 1947, pág. 40 y mencionado por Clyde Kluckhohn en su artículo sobre “Culture”, publicado en “A Dictionary of the Social Sciences”, editado por Julius Gould y William L. Kolb y compilado bajo los auspicios de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), Tavistock Publications, Londres, 1964, XVI y 761 págs, págs. 167-168.

clara que “cada sociedad se diferencia internamente en numerosos sub-grupos, cada uno con modos de pensar y de actuar que, en ciertos aspectos, les son peculiares y que se pueden adquirir solamente mediante la participación directa en estos grupos, siendo también muy difícil no adquirirlos si se es un copartícipe activo en alguno de ellos. Estas culturas dentro de las culturas son las sub-culturas”⁶. Sobre esta base se han descrito, entre otras, la “sub-cultura criminal” y la “sub-cultura de la violencia”. Cohen define la primera como “una manera de vivir dentro de los grupos infantiles que florecen conspicuamente en los ‘barrios criminales’ de las grandes ciudades de Estados Unidos de América. A medida que sus miembros crecen, algunos pueden llegar a ser ciudadanos distinguidos y otros se graduarán en formas más profesionales y adultas de la criminalidad”⁷. Por su parte Wolfgang y Ferracuti establecen que “la sub-cultura de la violencia sugiere la existencia de un común y potente elemento de violencia en el conjunto de valores que constituye la esencia del sistema de vida, del proceso de socialización y de las relaciones interpersonales de individuos que viven en condiciones similares”⁸. En otro trabajo, estos mismos autores dicen: “Identificando estos grupos con la mayor tasa de homicidios, encontramos una sub-cultura de la violencia en el más intenso grado”.⁹

II.10.— Si bien podríamos aceptar la posición y las definiciones de estos autores dentro del cartabón estricto de la criminología, no lo podemos hacer en el marco mucho más amplio de este ensayo. Y esto por varios motivos. En primer lugar, la extensión

⁶Albert K. Cohen: “Delinquent Boys. The Culture of the Gang”, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1956, 202 págs, pág. 12, en traducción libre por el autor de este ensayo.

⁷Id. (6), pág. 13, en traducción libre del autor de este trabajo.

⁸Marvin E. Wolfgang y Franco Ferracuti: “The Sub-Culture of Violence”, Londres, Tavistock Publications, 1967, 387 págs. Ver pág. 140, en traducción libre del autor de este ensayo.

⁹Marvin E. Wolfgang y Franco Ferracuti: “The Sub-Culture of Violence”, publicado por Marvin E. Wolfgang, Leonard Savitz y Norman Johnston (editores) en “The Sociology of Crime and Delinquency”, 2^a edición, John Wiley and Sons, Ltd., New York, U.S.A., 1970, 676 págs, págs. 380-391. Ver especialmente, en traducción libre del autor de este trabajo, las págs. 381-382.

del fenómeno a que nos referimos en este trabajo depasa con mucho a los "segmentos culturales" dentro de culturas más amplias (de esas "culturas dentro de las culturas" como dice Albert K. Cohen), para adquirir un carácter más bien universal, en cuanto a geografía y nacionalidades se refiere. En segundo lugar tenemos que considerar las dificultades para distinguir nítidamente entre "terrorismo político" y "criminalidad ordinaria", organizada o individual. Por último tenemos que tomar en consideración la participación en actos de violencia de sujetos que pertenecen a tipos culturales y a niveles socio-económicos tan dispares como son, por ejemplo, los casos de Patricia Hearst, la hija de un millonario norteamericano; del venezolano Ilich Ramírez Sánchez, el "Carlos", de mala fama en diversos escenarios europeos, con estudios universitarios y que pertenece a la clase media; y de los "héroes" de tantas aventuras crueles y bárbaras que son, por lo general, elementos antisociales, de vida marginal dentro del grupo nacional a que pertenecen; extremistas pseudo-ideológicos, que adoran el "slogan", pero ignoran su contenido político y filosófico; fanáticos del bajo mundo, pero todos medrando sobre sus propias frustraciones y decepciones, para alcanzar una notoriedad barata, sin importarles que se logre a base de tanto dolor y sufrimiento humano.

II.11.— Por otra parte, si analizamos el significado del vocablo "cultura", tendremos que admitir que sufre de excesiva vaguedad y falta de precisión. Este término técnico fue introducido al idioma inglés por E. B. Taylor en 1871. Para él "la cultura, en su más amplio sentido etnográfico, es el complejo integral que incluye los conocimientos, las creencias, las artes, la moral, las leyes, las costumbres, así como cualquier otro hábito o capacidad adquirido por el hombre que actúa como miembro de una sociedad determinada"¹⁰. Por su parte, Kroeber y Kluckhohn, en su clásica obra "Culture"¹¹, después de referirse a las enormes dificultades inherentes a un análisis crítico dete-

¹⁰Traducción libre del autor de este ensayo de la definición contenida en su trabajo "Primitive Culture", London, John Murray, 1871, pág. 1, citado por Clyde Kluckhohn en (5), pág. 166.

¹¹A. L. Kroeber y Clyde Kluckhohn: "Culture, a critical review of Concepts and Definitions", Vintage Books, New York, U.S.A., 1952, X y 436 págs.

nido de esa expresión, tratan de analizar todas las definiciones “válidas” de cultura que existen en el idioma inglés. Encontraron 160 de esas definiciones acuñadas por antropólogos, sociólogos, psicólogos, psiquiatras, filósofos, etc. Clasificaron estas definiciones en “descriptivas”, “históricas”, “normativas”, “psicológicas”, “estructurales” y “genéticas”, según sean las características básicas de cada una. Ellos mismos proponen una definición sintética que incorpora los elementos positivos aceptados por la mayoría de los investigadores de su época y que se podría expresar de la siguiente manera: “La cultura consiste de patrones, explícitos e implícitos, de y para conductas adquiridas y transmitidas por símbolos, constituyendo el logro distintivo de los diversos grupos humanos, incluyendo la incorporación de sus artefactos. El núcleo esencial de la cultura consiste en ideas tradicionales (es decir, históricamente derivadas y seleccionadas) y, muy especialmente, en los valores que se les atribuyen. Los sistemas culturales pueden, por una parte, ser considerados como productos de acción y, por la otra, como elementos condicionantes de acción futura”.¹²

II.12.— A base de lo expresado, no cabe duda que el vocablo “cultura” es de suyo un concepto vago y difuso que, debido a sus múltiples definiciones, carece de una definición aceptada por los diversos tipos de investigadores. Si a esta falta de precisión le agregamos el prefijo “sub”, la confusión resulta mucho mayor. Es cierto que “sub” puede significar también “inclusión”, es decir, “parte de un todo”, como lo pretenden los sociólogos, pero esa interpretación —que puede ser aceptada para las necesidades de la investigación— resulta forzada y de muy poco uso en el lenguaje diario y familiar. “Sub” es, en efecto, un prefijo inseparable que siempre, en forma explícita o implícita, clara u oscuramente, proyecta la idea de inferioridad, de posición subalterna, de subordinación, de suplencia, de dependencia, como se refleja en las expresiones de “sub-gerente”, “sub-prefecto”, “sub-teniente”, “sub-agente”, etc. Por plausible que sea la interpretación científica de una palabra, ella no alterará jamás el sentido popular de la misma. Además, como lo reconocen

¹²Traducción libre del autor de este trabajo de la definición que aparece en (11), pág. 357.

Wolfgang y Ferracuti, el término de “sub-cultura ha sido utilizado por tan gran número de investigadores diversos —antropólogos, sociólogos, psicólogos, criminólogos y tantos otros— en una serie de usos e interpretaciones tan dispares, que su uso involucra fatalmente una gran ambigüedad”¹³. En estas condiciones, ¿cómo es posible ser objetivo en una investigación científica, cuando partimos utilizando conceptos vagos y ambiguos, que se prestan a toda clase de definiciones e interpretaciones, según sea el criterio del investigador del momento?

II.13.— Por último, es indispensable recordar que los políticos de poca monta, muy especialmente los dictadores de mala ley —tan frecuentes en el mundo contemporáneo—, pueden utilizar ciertos términos científicos de dudosa interpretación para sus propósitos mezquinos e inhumanos. Esto ya sucedió con la torcida interpretación del concepto “raza” por los psicóticos jerarcas del nazismo y costó la vida a millones de seres humanos. No sería imposible que, en un futuro indeterminado, apareciera otra dictadura de opereta que interpretara la expresión “sub-cultura” no como lo pretenden los científicos, sino que en la forma sórdida y miserable que satisfaga sus necesidades políticas inmediatas, aun cuando ello signifique otro holocausto de millones de víctimas inocentes. En último análisis, si es de suyo tan difícil definir el término “cultura”, ¡cuánto más complejo y confuso resulta hablar de “sub-cultura”...! Estos son los motivos por los cuales rechazamos el uso de la expresión “sub-cultura” y que —a pesar de todas sus imperfecciones, limitaciones y falta de precisión— preferimos seguir utilizando el término de “cultura de la violencia”, aunque más no sea por carencia temporal de otro mejor.

III.14.— Trataremos ahora de precisar, si es posible, algunas de las causas de este fenómeno. La violencia en el mundo contemporáneo es tan actual, de tal diaria ocurrencia, que carecemos aún de la perspectiva necesaria para estudiarla objetivamente, de acuerdo con los sistemas estadísticos tan en boga en la actualidad. Además, como no somos idólatras ni rendimos tributos en el altar del computador electrónico, mal podríamos recurrir a esta clase de procedimientos. En su lugar trataremos de imitar

¹³Ver (8), pág. 95, en traducción libre del autor de este ensayo.

—sin ninguna pretensión de igualarles— a los filósofos griegos de la época clásica, de hace unos 25 siglos. Ellos lograron establecer, a base de deducciones y conjeturas —amén de una cantidad de otros principios válidos aún hoy—, la noción del “átomo”, con Demócrito (c. 460 - c. 370 a. de C.)¹⁴ y el “concepto matemático de la justicia”, con Pitágoras (siglo VI a. de C.)¹⁵. Los filósofos griegos trabajaron con “hipótesis”, es decir, suposiciones de cosas posibles, a base de raciocinio lógico, de las cuales derivaban ciertas consecuencias que servían de base a sus especulaciones.

III.15.— Por lo demás, es bien sabido que todo progreso científico comienza con una aventura especulativa, un pre-concepto imaginario de lo que pueda ser posible. Este es un paso, corto o largo, más allá de lo que aceptamos hoy como lógico y demostrable, que luego se somete a la acción de la crítica. El razonamiento científico es, entonces, una interacción perenne entre dos episodios del intelecto: imaginativo uno, crítico el otro. Es algo así como un diálogo entre lo posible y lo real, entre lo teórico y lo práctico, entre la conjetura y lo tangible. Ambos procesos se complementan, ya que la imaginación, sin los frenos de la crítica, puede transformarse en una cómica profusión de nociones tan grandiosas como absurdas. Pero también la crítica pura, sin un contenido hipotético, es un ejercicio estéril e impotente. Si hay quienes estiman que los filósofos griegos exageraron sus ejercicios especulativos, también hay otros que consideran los sistemas científicos de la actualidad como otorgando una supervvaloración excesiva a la estadística. Podríamos concluir insistiendo en que el uso predominante de la hipótesis, sin el control crítico indispensable, es tan peligroso como el exagerado apego a las matemáticas, sin el beneficio de una mente imaginativa.

¹⁴ Su concepto de “átomo” es, por cierto, totalmente distinto de las actuales teorías, pero utilizó, por lo menos, la misma terminología. Para él, la sustancia primordial de la materia era la unidad indivisible, el “átomo”.

¹⁵ Para él todo delito tiene un valor numérico, de modo que para restablecer el equilibrio social alterado por el delito, la pena tiene que tener un valor idéntico. No cabe duda que gran parte del derecho penal contemporáneo está basado todavía en este principio pitagórico.

III.16.— Estos son los motivos por los cuales expondremos a continuación nuestras hipótesis sobre las causas, la etiología, de esta cultura de la violencia, dejando la crítica de las mismas a cada uno de nuestros lectores y colegas.

III.17.— Para tratar de explicar un fenómeno universal, es indispensable recurrir a causas que tengan también una validez cósmica y ecuménica. Las disquisiciones de tipo local o regional no son valederas, por razones obvias. Veamos, entonces, cuáles podrían ser algunos de estos factores globales incriminables.

III.18.— La así llamada “*revolución tecnológica*” que nos ha permitido, entre infinidad de otras maravillas, el vuelo supersónico y el desembarco en la Luna, sueño de muchas generaciones de nuestros antepasados, hoy materializado. Es indudable que el hombre estuvo siempre expuesto a impresionantes progresos tecnológicos (baste recordar, a manera de ejemplos, el dominio del fuego, el uso de la rueda, del vapor, de la electricidad), pero el ritmo de estos descubrimientos durante nuestro siglo XX no tiene parangón en el curso de la historia. Es lógico suponer que esta revolución tecnológica ejerce determinada influencia sobre la conducta humana, en general, y tal vez sobre la violencia que nos ocupa, en especial. Sin embargo, como el fenómeno está todavía en pleno desarrollo, no puede ser examinado aún en forma objetiva y metódica. Para los propósitos que nos animan en este ensayo, de todas las maravillas tecnológicas a nuestra disposición, retengamos tan solo las que ya hemos mencionado anteriormente, es decir, las armas modernas para la destrucción masiva (la bomba atómica en su proliferación de modalidades) o de víctimas individuales (la “bazooka”, la bomba plástica, la ametralladora portátil, etc), y los sistemas actuales de comunicación masiva (televisión, radio, prensa, etc.), que facilitan la transmisión y recepción inmediata de noticias —habitualmente relacionadas con actos de violencia y catástrofes de todo tipo— desde cualquier lugar de la Tierra en que se produzcan.

III.19.— La “*explosión demográfica*” que ha permitido a la población de nuestro planeta casi triplicar su número en lo que llevamos de este siglo. De acuerdo con la última edición del

“Anuario Demográfico” de la Organización de las Naciones Unidas, la población llegó en 1974 a la suma total de 3.890 millones¹⁶. Durante el siglo XIX el promedio del crecimiento de la población humana fue relativamente bajo, menos del 0,5% anual, razón por la cual al comienzo de este siglo la población total era de apenas 1.650 millones. Después de la Primera Guerra Mundial, la tasa anual de crecimiento subió a 0,8% y la población llegó a más de 2.500 millones. Desde entonces la tasa de crecimiento anual sigue en aumento y hoy tiene un promedio de casi 2%, con lo cual la población ha aumentado aceleradamente. Si la tasa de natalidad siguiera al ritmo actual, la población alcanzaría la fabulosa suma de ocho billones en los próximos treinta años.

III.20.—Esta situación no sólo ha creado una tendencia al desarrollo de un “Neo-Maltusianismo”¹⁷, con los diversos sistemas de planificación familiar tan populares en muchas regiones de elevada tasa de natalidad, sino que involucra también la urbanización masiva —la creación de “megolópolis— con enorme concentración de ciudadanos en áreas geográficas limitadas. La agrupación industrial urbana (con el espejismo de mejores salarios y condiciones de vida), así como la insuficiente y deficiente atención médica en el ámbito rural, son —entre muchos otros— poderosos motivos que llevan a la despoblación del agro y a la pléthora urbana. Las ciudades con poblaciones multimillonarias afloran como los hongos después de la lluvia y crecen tan rápidamente que los servicios colectivos (agua potable, alcantarillado, luz eléctrica, movilización, etc.) resultan siempre deficitarios. Agreguemos a este panorama la polución creciente del medio ambiente, consecuencia directa de la industrialización masiva. Especialmente grave es la llamada “polución acústica o sonora”. El nivel máximo de ruido compatible con un mínimo de confort para nuestros oídos es de 85 decibeles (unidad para

¹⁶Seis de los países de mayor población están en Asia (China, India, Indonesia, Japón, Bangladesh y Pakistán); uno en Europa (la Unión Soviética); uno en Norteamérica (Estados Unidos); y uno en América del Sur (Brasil).

¹⁷Basado en las ideas de Tomás Roberto Maltus, aparecidas a fines del siglo XVIII, de acuerdo con las cuales, mientras la población mundial aumenta en progresión geométrica, la producción de alimentos lo hace sólo en progresión aritmética, lo que produciría gravísimas consecuencias.

medir el volumen de ruido), pero en el centro de muchas de las grandes metrópolis actuales, durante las horas de mayor tráfico, el nivel es superior a 100 decibeles. Los expertos en la materia pronostican la sordera del hombre de la ciudad en pocas generaciones más, si no se toman de inmediato las adecuadas y necesarias medidas preventivas.

III.21.— Esta rápida y caprichosa urbanización ha facilitado también el desarrollo de barrios paupérrimos en la periferia de las grandes ciudades (cantegriles, poblaciones callampas, favelas y tantos otros nombres pintorescos con que se les conoce en los diversos países latinoamericanos). Aquí aumentan las frustraciones individuales y las fricciones interpersonales, terreno fértil para el desarrollo de actitudes anti-sociales y de fanatismos de toda índole. En estas condiciones, el delito y la violencia, así como también el “terrorismo político”, son consecuencia natural y lógica de este tipo de vida deplorable y desesperado.

III.22.— Los “*cambios geo-políticos*” tan espectaculares y dramáticos que se producen desde la Segunda Guerra Mundial. El continente africano, que hasta entonces dormía su oscura noche colonial, ha despertado a un nacionalismo a veces excesivo y beligerante. África no sólo cuenta hoy con una cuarentena de países independientes y soberanos, sino que existen todavía extensos territorios que luchan por alcanzar su independencia política, amén de infinidad de luchas intestinas —entre grupos étnicos diferentes y con ideologías políticas distintas— para lograr la autonomía nacional. Estos movimientos están basados con frecuencia en nacionalismos excesivos, más que en conveniencias socio-económicas o políticas. Algo parecido, pero en mucho menor grado, sucede en Asia, si bien con características y por motivaciones diferentes. Todo esto ha facilitado que la Organización de las Naciones Unidas que, al momento de su creación en 1945, estaba constituida por 51 países signatarios de su Carta Fundamental, cuente hoy con cerca del triple de este número. Esta enorme proliferación de estados-miembros favorece ciertas situaciones extravagantes, fruto de la exacerbación del concepto democrático que constituye la base de este organismo.

mo internacional¹⁸. La situación descrita fomenta también las guerras convencionales, revoluciones, guerra de guerrillas, terrorismo político y muchas otras manifestaciones de violencia colectiva que ha caracterizado la vida nacional e internacional en África y en Asia durante la última década y que las Naciones Unidas son incapaces de prevenir o de intervenir para ponerles coto. Baste mencionar la cadena infinita e ininterrumpida de bombas explosivas, ejecuciones partidistas extra-judiciales, secuestros de aviones y de personas, las inmensas sumas de dinero exigidas como rescate para su liberación, el asalto a bancos, etc., para admitir la quiebra de la noción clásica de “delito político” y considerar la violencia de todo tipo como parte integrante del diario vivir contemporáneo.

III.23.— Nuestra *consentida sociedad contemporánea* —la “permissive society” de los sociólogos ingleses y norteamericanos— no sólo ha permitido y facilitado un excesivo libertinaje en materia de competencia económica —donde casi todo golpe, por inmoral o ilegal que sea, es permitido y tolerado como en el “catch-as-catch-can” o lucha libre—, sino que también en lo que respecta a las costumbres y prácticas sexuales, tanto públicas como privadas. La noción actual de pornografía es tan amplia y elástica que casi no conoce límites. Tal vez esto sea la consecuencia del exagerado e hipócrita puritanismo de generaciones anteriores, lo cual no impide juzgar como excesiva la reacción que presenciamos en la actualidad.

III.24.— En la atmósfera social descrita, las víctimas directas son la familia y el hogar, cuyas características fundamentales se han ido transformando y debilitando. Tanto la una como el otro han ido reduciendo su tamaño, su influencia y su condición de escudo protector de los hijos menores. La familia actual en Occidente está restringida a un mínimo de personas (uno o ambos

¹⁸Citaremos tan solo, a manera de ejemplo, que en la Asamblea General de las Naciones Unidas tienen derecho a un mismo voto China Continental (con cerca de 4 millones de millas cuadradas de territorio y una población de casi un billón de habitantes) y la República de las Islas Maldivas, la cual —para quien tenga la curiosidad de localizarla— está constituida por unos 2.000 islotes coralíferos del Océano Índico, a unos 650 kilómetros al sur-oeste de Sri Lanka. Su población total de unas 100.000 almas se concentra en un par de centenares de los mencionados islotes.

padres, si es que ambos viven y no están divorciados o separados; y uno o dos hijos pequeños, pues los mayores prefieren vivir independientemente), que habitan un departamento de pocos metros cuadrados de superficie, donde suelen encontrarse durante el día o la noche, en un día de fiesta o durante un fin de semana, para comer o dormir bajo un mismo techo. El calor humano que caracterizaba la expresión "hogar, dulce hogar" se ha enfriado hace ya mucho tiempo.

III.25.— Si los padres pertenecen a la clase socio-económica menos favorecida, ambos deben trabajar para alcanzar un equilibrio mínimo del presupuesto familiar. Esto impide una convivencia más estrecha y directa entre los padres y sus hijos pequeños. En las capas socio-económicas más privilegiadas sucede lo mismo, pero por motivos diferentes: el padre, capitán de industrias, pasa demasiado absorbido por sus afanes y gestiones económicas y financieras; y la madre tiene un exceso de compromisos sociales —cocteles, actos de beneficencia, partidas de "bridge", etc.— que la obliga a invertir su escaso tiempo disponible donde la modista y en la peluquería, en vez de dedicarlo a sus pequeñuelos. Si bien existen en la actualidad una serie de instituciones para mitigar esta situación (guardería de menores, escuela de párvulos, jardín de infantes, etc.), la verdad es que ninguna de ellas —a pesar de ser dirigidas por pedagogos expertos y toda clase de profesionales cuya competencia puede aceptarse en principio— puede sustituir el cariño y el amor paternos, tan indispensables para el desarrollo normal psico-somático y un buen proceso de socialización de los menores. El afecto y el cuidado de los padres por sus hijos pequeños no pueden ser reemplazados "desgraciadamente" por ninguno de la infinita variedad de productos farmacéuticos que disponemos en la actualidad. Por estos motivos, los menores quedan expuestos desde temprana edad a los efectos de la calle, del vecindario y otras instituciones extra-familiares, lo que facilita contactos inter-personales dudosos, orienta el proceso de socialización hacia metas que no son necesariamente las mejores y condiciona la formación de grupos o bandas de juegos infantiles. Cuando las circunstancias lo favorecen, estos grupos o bandas pueden transformarse, sin grandes dificultades, en pandillas de delincuentes de mayor o menor gravedad.

III.26.— Los más expuestos a esta clase de contingencias son los adolescentes. Debido a la acción persistente y sistemática de los medios de comunicación masiva, ellos crecen con la convicción que lo único que vale en la sociedad contemporánea es alcanzar rápidamente la riqueza material, con el mínimo de riesgos posibles y sin que importe demasiado si los medios para lograrla son lícitos o ilícitos, morales o inmorales. Este estado de “anomia” explicaría, según Merton¹⁹, el incremento actual de la criminalidad y de la delincuencia juvenil. Una explicación diferente de “anomia” la proporciona Durkheim²⁰ al sostener que cuando la previa escala de normas y valores ya no tiene influencia ni es respetada, ni sirve de guía para la vida social o personal de nadie, y la próxima escala no se ha elaborado todavía, la sociedad vive en una etapa de transición que él denomina “anomia”. Cualquiera de ambas interpretaciones aisladamente consideradas o, mejor aún, ambas conjuntamente, permite comprender racionalmente el impresionante crecimiento de la criminalidad en general y de la tasa de la delincuencia juvenil en particular. Tanto la una como la otra contribuyen directamente al clima de violencia y de inseguridad en que vive el mundo contemporáneo.

III.27.— Estas son, en términos generales y en forma sucinta, nuestras hipótesis para explicar la universalidad actual de la violencia, cuya dinámica es compleja. Tampoco resulta fácil determinar con exactitud su origen ni precisar las razones por las que se propaga tan rápidamente. La perspectiva que nos irá proporcionando el futuro, seguramente nos dará explicaciones más adecuadas para comprender mejor estas incógnitas.

IV.28.— A nuestro entender, el arte contemporáneo constituye una de las mejores pruebas que la violencia, en todo su trágico polimorfismo, forma parte integrante de la cultura de nuestra época.

¹⁹Robert K. Merton: “Social Structure and Anomie”, *The American Sociological Review*, III, October 1938, págs. 672-682; “Social Theory and Social Structure”, edición revisada, The Free Press of Glencoe, U.S.A., 1951; y Marshall B. Clinard (editor): “Anomie and Deviant Behaviour”, The Free Press of Glencoe, U.S.A., 1964, 324 págs.

²⁰Emile Durkheim: “The Division of Labour in Society”, traducción del francés por George Simpson. The Free Press of Glencoe, New York, 1947; y “Le Suicide”, nueva edición, Presses Universitaires de France, Paris, 1960.

IV.29.— La historia del arte representa, desde sus comienzos, las conquistas del hombre sobre el mundo en que vive y sobre sí mismo. Debido a sus incansables esfuerzos durante millones de años, el hombre logró cambiar su carácter de animal gracias a la progresiva diferenciación de su mano y a su utilización como un instrumento de la mayor eficacia. Mientras más independiente se hizo, la mano fue alcanzando mayor perfección, permitiendo al hombre dominar el medio ambiente en que vivía. Es así como el arte prehistórico comienza mucho antes de lo que se acepta generalmente. El hombre de Neanderthal vivió en Europa desde el comienzo de la última época glacial, hace unos 70.000 años. En la actualidad tenemos pruebas documentales que algunos de ellos sabían pintar y grabar. Tal vez lo primero fue el uso de colores para decorar la piel —para participar en rituales mágicos o religiosos— tal como aún se practica en poblaciones primitivas de diversas regiones geográficas de nuestro planeta. El tatuaje, en última instancia, no es más que una forma indeleble de “pintar” la piel. Posteriormente, hace unos 35.000 años, el hombre procedió a imprimir sus dedos y sus manos sobre blandas superficies de arcilla, cubriendo las depresiones así creadas con diversos colores, por lo general el ocre. También afilaba piedras para cazar más fácilmente los animales que le servían de alimento; grababa y perforaba pequeñas placas de hueso, con fines rituales o decorativos; dibujaba figuras geométricas en los cuernos de animales cazados; pintaba los escudos que manufacturaba para su defensa, y diseñaba estatuitas de greda, representando la mujer, para sus ritos de fertilidad. Todo esto constituye los orígenes del arte que, en un comienzo, se confunden con los de la tecnología, para irse separando uno de la otra hasta alcanzar cada cual sus características propias y definitivas. Más tarde aún, el hombre comienza a pintar escenas de caza en los muros de las grutas en que habitaba. Los motivos eran diferentes cuando se trataba de cuevas que le servían de santuario para toda clase de ritos. Este arte primitivo de las cavernas es el trabajo de muchas generaciones y se estima que data de fines de la última época glacial, hace unos 25.000 años.²¹

²¹Raoul-Jean Moulin: “Prehistoric Painting”, traducción del francés por Anthony Rhodes. Heron Books, Londres, 1965, 207 págs.

IV.30.— Si el arte sólo representara el placer y la alegría emocional e intelectual que produce, no sería más que un juego, un pasatiempo... En verdad el arte es la proyección de una determinada experiencia, de una vivencia, que el artista expresa a su modo, pero que influye sobre el hombre y la sociedad en que vive, contribuyendo a transformarlos y a humanizarlos. Recordemos también que el arte no muere. La muerte es sólo condición del hombre, de sus leyendas y creencias, sus mitos y costumbres, sus penas y alegrías, pero el arte sobrevive a las sociedades que lo crearon y a las situaciones que lo inspiraron.

IV.31.— De lo anterior se desprende que las obras de arte han reflejado siempre aspectos de la vida del hombre y de la sociedad a que pertenece, expresados por el artista en forma creadora gracias a su habilidad e inspiración en la concepción artística. En estas condiciones, si la violencia es parte integrante de la vida social contemporánea, ella debe manifestarse en el arte de nuestra época en forma nítida e inequívoca. Analicemos entonces algunas de las actuales expresiones artísticas, para determinar si nuestro punto de vista en la materia es correcto o equivocado. Aunque sea redundante, deseamos dejar claramente establecido que no somos expertos ni críticos de arte. Ambas son especializaciones muy diferentes a la nuestra, que es la criminología. La interpretación analítica que sigue, no pretende más que demostrar cómo el arte actual refleja impecablemente la violencia imperante.

IV.32.— Veamos primero la *pintura moderna*, abstracta o informal. Al liberarse de la tiranía de la forma e independizarse del despotismo que impone el respeto por la armonía de los colores, esta pintura expresa la máxima autonomía del realismo representativo. Cuando el artista se desprende del último velo formal de una imagen, adquiere la posibilidad de hacer sentir emociones que no necesitan estar basadas en explícitas representaciones, ganando así en fluidez lo que pierde en racionalismo. ¿Qué son una forma o un color "per se"? Apenas si son dogmas descartables como cualquier otro. El artista que rechaza deliberadamente la reproducción de morfologías y de coloridos se ha decidido, ha tomado partido, en el antagonismo siempre presente entre abstracción y realismo. Así también es la actitud del hom-

bre frente al mundo exterior —tal como él lo concibe— que fluctúa entre la confianza y la ansiedad. En el arte, en términos generales, la confianza corresponde al realismo, por lo que florece en períodos de conquista y de expansión, de victoria y de optimismo. El arte abstracto, que prolifera a la sombra del auge psicoanalítico, refleja mejor la ansiedad y la conducta instintiva o semi-consciente, pero no carece de emociones, como sucede con el pensamiento lógico.

IV.33.— Por eso el arte abstracto es un testimonio válido de nuestra época, en armonía con las condiciones imperantes en el mundo en que vivimos. En efecto, la violencia representa la liberación de la forma jurídica como base para la convivencia pacífica, mientras que la estridencia y el ruido, la brutalidad y la virulencia de la mayoría de los movimientos políticos de la actualidad, reflejan la falta de armonía en las relaciones interpersonales, intranacionales e internacionales que caracteriza nuestra época. En otros términos: la violencia predominante está destruyendo nuestro sistema jurídico formal y nuestra armonía convivencia social. Esto se refleja en el arte abstracto al liberarse del yugo de la forma y del respeto por la armonía de los colores. Nada más fácil, pues, que coincidir con Duthuit cuando afirma que el arte abstracto “nos impresiona por su espontaneidad y su violencia”.²²

IV.34.— En cuanto a la *escultura*, es evidente que los actuales artistas ya no pulen el blanco mármol de Carrara para sus obras monumentales, como lo hacían sus antepasados del Renacimiento. Los materiales en la actualidad son más burdos: trozos de basto cemento, mezclados con diversas piezas de metal mohoso, una vieja llanta de automóvil, el esqueleto de un paraguas, las zapatillas de un antepasado familiar, una bacinica en desuso y otras linduras por el estilo. Al juntar toda esta colección de piezas extrafalsarias en un orden caprichoso, puede que se transformen en obras de arte para la admiración de generaciones presentes y futuras, pero no nos cabe la menor duda que la utilización de tan toscos elementos, en un desorden determinado, refleja ante todo la aspereza y la violencia del mundo actual.

²²Georges Duthuit, en su introducción a la obra de Jean-Clarence Lambert: “Abstract Painting”, Heron Books, Londres, 1970, 207 págs.

IV.35.— En materia de *música* estamos en mejores condiciones, gracias a que disponemos, como ya lo indicamos anteriormente, de un sistema objetivo para medir exactamente el volumen de ruido. Los trabajos experimentales realizados por el Prof. Herman Rauhe, de la Universidad de Hamburgo, Alemania Occidental²³, demuestran que ciertas estructuras musicales como el “pop” y el “rock primitivo”, no sólo tienen un ritmo primitivo y vernacular, pertinaz y agotador, sino que producen un ruido exorbitante, con una cantidad impresionante de decibeles, muy por encima de la tolerable en materia de “polución acústica”. Más grave todavía: estos ruidos “musicales” fomentan la secreción de una excesiva cantidad de determinadas hormonas, especialmente adrenalina y noradrenalina. La energía excedente causada por estas hormonas no puede ser utilizada de inmediato o constructivamente por el organismo. Permanecen circulando en el torrente sanguíneo por lapsos que varían de una persona a otra. La presencia de estas hormonas libres, sin finalidad específica, puede causar una serie de procesos fisio-patológicos capaces de favorecer el endurecimiento de las arterias (arteriosclerosis), cuadros cardíacos de distinta naturaleza y gravedad, crisis temporales o permanentes de amnesia (pérdida de la memoria) y otra serie de daños no menos graves. Al margen de las implicaciones patológicas, podríamos resumir nuestro personal punto de vista afirmando que, si bien este tipo de música puede crear obras maestras en materia de ritmo, armonía y composición, no es menos efectivo que representa y expresa la atmósfera de violencia que nos rodea en la vida social contemporánea.

IV.36.— La *literatura* de nuestra época tiene una serie de méritos propios que la distinguen de los siglos anteriores y que, por cierto, no analizaremos en este trabajo. Mencionaremos tan solo la generosa utilización de términos impudicos y psicalípticos en la decoración de cada página de la novela actual. En la época de oro de la literatura universal y después de ella, el tema sexual —en su infinita temática y polimorfismo— estuvo presente en las obras maestras y en las otras menos meritorias. En ninguna de ellas se estimó indispensable recurrir al uso de expresiones groseras y vulgares. Hoy, en cambio, parecería que el mérito literario de una obra fluctúa en proporción directa al mayor o menor uso de

²³Información aparecida en el diario “Jerusalem Post”, de fecha 3 de marzo de 1976.

este tipo de vocablos. Siendo incapaces de embarcarnos en una aventura de crítica literaria, nos limitaremos tan solo a subrayar que el uso de esta terminología es otra manera de reflejar la violencia en que estamos sumergidos en la actualidad.

IV.37.— Veamos, por último, el *teatro moderno*. Desde las clásicas tragedias griegas hasta las comedias de los siglos posteriores, el impacto que tuvieron sobre el público fue considerable. Antaño, cuando entre los protagonistas del drama se había producido, estaba ocurriendo o sucedería en un futuro inmediato alguna relación de tipo sexual, bastaba un gesto discreto, una leve sonrisa, un silencio elocuente o la caída rápida del telón, para que todo el auditorio supiera exactamente a qué atenerse. En el teatro de hoy, si el acto sexual no se imita en el escenario —con todo lujo de detalles— los espectadores quedan impasibles, como incapaces de comprender la situación. Es difícil precisar si ello se debe a falta de imaginación o demuestra el grado de sofisticación alcanzado en la materia. Si recordamos que una de las diferencias básicas entre el hombre y los seres irracionales consiste en que el primero tiene conciencia del pudor, ¿qué representa esa tendencia a olvidarnos de esta condición instintiva del hombre? ¿Es que aspiramos a igualarnos a los demás animales en materia de carencia de pudor sexual? Sin intención de analizar esta problemática en su riquísima gama de posibilidades psico-sociales, bástenos afirmar, una vez más, que esto es también una manera de traducir en arte la violencia imperante en el medio ambiente socio-político en que vivimos.

V.38.— Es bien sabido que el hombre tiene tan solo una determinada capacidad de adaptación al ambiente en que le toca vivir. Tanto el sistema nervioso central como el neuro-vegetativo son estructuras de muchas posibilidades, pero no infinitas, por lo que imponen cierto tipo de restricciones rígidas. No conocemos aún el impacto preciso que, sobre nuestros sistemas nerviosos, tiene la compleja constelación de factores que imperan en la sociedad actual, entre ellos la violencia. No sería exagerado suponer que ella tenga relación, directa o indirecta, con las dificultades de adaptación que sufren las nuevas generaciones. Mientras los adultos, con su larga experiencia vital, pueden establecer sus mecanismos de defensa compatibles con una adaptación discretamente aceptable, para los jóvenes inexpertos esto es mucho más difícil. El incremento de la delincuencia infanto-juvenil, la fármaco-

dependencia y la adhesión a toda clase de consignas de tipo político o religioso —tanto más fácil de aceptar cuanto menos se entienda su significado e implicaciones— pueden ser consecuencias de esta situación. Paradójicamente estamos frente a un verdadero círculo vicioso, en el cual la violencia engendra las condiciones propicias a su propio desarrollo.

VI.39.— Nuestra exposición podrá parecer exageradamente pesimista a más de algún lector o colega. La verdad es que, siendo optimistas en cuanto al futuro de la humanidad, hemos abordado el tema de la violencia con el realismo necesario. ¿Qué nos tiene reservado el futuro? Radicado en tierra de profetas, mal podríamos pretender emular a ninguno de ellos. Sin embargo, si fuera necesario o conveniente terminar estas líneas con una evaluación personal del futuro, podríamos afirmar que no creemos en el “fin del mundo”. Lo que a nuestro entender sí podría suceder, en un futuro indeterminado, es la sustitución de nuestra cultura y civilización por otras cuyas características esenciales nos es imposible vislumbrar. Por otra parte, no cabe duda que los viejos patrones culturales ya han perdido su influencia y que los nuevos aún no se han establecido. Es decir, vivimos en una etapa de transición entre la escala de normas y valores que prevalecía a comienzos de este siglo (destruida a consecuencia de las dos guerras mundiales que hemos sufrido) y la próxima escala que aún no se ha elaborado, pero que no tardará en aparecer. Estamos, como sostiene Werner Marx, “entre la vieja tradición y un nuevo comienzo”²⁴. Nuestra generación debe aceptar su destino sin ilusión alguna, es decir, tendremos que seguir viviendo en esta situación intermedia, sin confiar en la protección que el orden de antaño nos ofrecía, ni aferrarnos a la mesiánica creencia que una nueva aurora cultural aflorará en nuestro tiempo. Por cierto que la nueva escala no nos hará regresar a la moral victoriana o al mundo anterior a Freud y a la bomba atómica, pero nos liberará de los excesos del mundo actual para hacerlo más compatible con las características biológicas y psicológicas fundamentales del “homo sapiens”. Entonces vivirán mejor si no nuestros hijos, seguramente los hijos de nuestros hijos.

VII.40.— Y esta nota de discreto “optimismo realista” nos parece la más adecuada para terminar este ensayo.

²⁴LUDWIG J. PONGRATZ (editor): “Philosophie in Selbstdarstellungen”, Félix Meiner Verlag, Hamburg, 1975, 316 páginas.